

EL TORREON DE LOS GALAYOS

(GREDOS)

«Aún conservo el hechizo de aquellos largos días: los vivo aún y sueño con ellos. Soy señor de sendas estrelladas y ciudadano libre de los montes».

(Arnold Lunn)

Es de noche. Noche de invierno, fría y lóbrega, en la cual la simple estancia junto al hogar se convierte en el más excelso de los placeres. Entregado a la lectura de un libro, sobre mi mesa de trabajo, oigo afuera el rugir del viento, sus lastimeros quejidos, que interrumpen constantemente el hilo de la prosa en la que estoy sumido. La lluvia arrecia pertinaz, golpeando sobre los cristales del ventanal de la habitación, desconectando mi atención de la lectura.

Al apartar mi pensamiento de la literatura, van surgiendo en el subconsciente los recuerdos de montaña y pienso en lo hermoso que es tener algo digno de ser evocado.

Tomo un álbum de fotografías, que descansa en una de las estanterías y voy pasando febrilmente página tras página refrescando añejas memorias, recuerdos inolvidables de sanas aventuras vividas en la lucha por la conquista de las cumbres: entre ellas algunas empresas audaces que requieren cierto riesgo, que vale la pena de correr a cambio de los recuerdos que dejan.

Desfilan ante mí, entre vertiginosos e insondables precipicios, cumbres repletas de luz y colmadas de ventisqueros, moles pétreas, glaciares colgados y lagos de ensueño. Me va imbuyendo lentamente la nostálgica obsesión de los abismos y de las cúspides.

Súbitamente, mi vista se detiene ante una rectangular torre granítica, quebrada por una fisura vertical: es el torreón de los Galayos, tal como pude contemplarlo por vez primera desde la cumbre de La Mira.

Es una de las escaladas clásicas de España, cuya conquista fue muy celebrada.

El 16 de mayo de 1933, los «peñalaros» Teógenes Díaz y Ricardo Rubio, llegaron a su base y después de un ávido reconocimiento, optaron por la grieta central de la cara W. Pronto se percatan de que el problema estriba en los últimos cincuenta metros. Tras algunos tanteos, Rubio consigue desbordar la llambría que da acceso a la hendidura: luego prosigue Díaz encajado en la grieta, pero una piedra empotrada hacía la mitad de la fisura complica el avance y el escalador estuvo a punto de despeñarse: sólo haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró pasar. El torreón de los Galayos estaba vencido. En su cúspi-

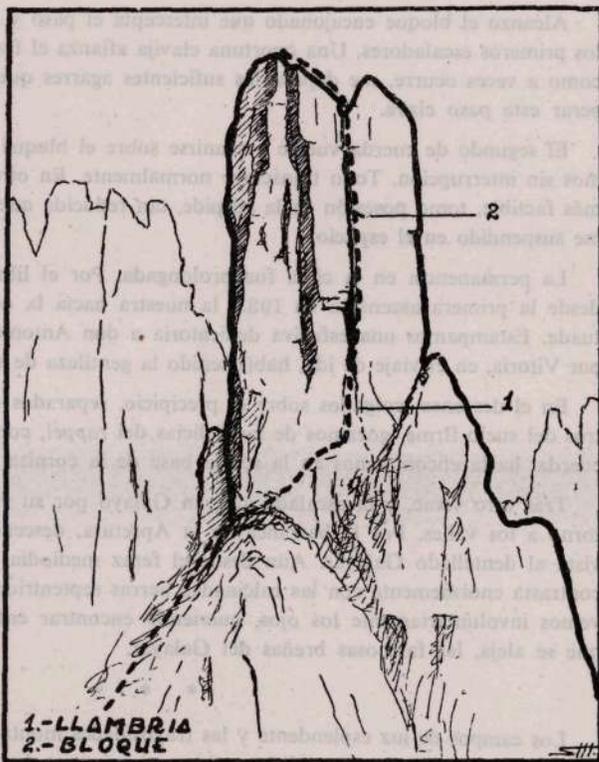
de quedaba un cuaderno donde se había de leer: «Escalada más difícil que el Naranjo de Bulnes. puede ser forma representativa del Grepon de los Alpes, aunque más corta.»

* * *

Era el verano de 1955: Desde el circo de Gredos, tras larga caminata bajo los rigores de un sol sahariano, soportando el peso de los enormes morrales, fue cuando el grupo de guipuzcoanos: Lusarreta, Aguirregomezcorta, E. Ojanguren, Llanos, Larreategui y yo nos asomamos a La Mira, de donde oteamos los pináculos de roca entre los cuales el torreón vive su ambiente confundido con los agrestes y suntuosos roquedales del Galayar. Luego, en la Apertura, al pie mismo de nuestro objetivo, próximo al refugio de la R. S. E. de A. Peñalara, nos propusimos vivaquear.

Fue una noche de gran calma, de quietud extraordinaria, donde la única señal de vida o movimiento era el inapreciable girar de las constelaciones... y los molestos ronquidos de un compañero. Antes de que el sueño me invadiera, pasé algunas horas entregado a la ciencia de Aristarco. Nunca en mi vida pude contemplar con más claridad la bóveda celeste, aquel misterioso y fascinador espectáculo del que tan enamorado estaba el sabio de la isla de Samos.

Cuando mis compañeros me despertaron ya era de día, aunque todavía el astro solar no bañase la profunda barranca de la Apertura. Contemplamos tranquilamente, sin escepticismo ni exaltación, la severidad vertical del negro torreón que se yergue imponente hacia el cielo.



El Torreón de los Galayos (Gredos)

Una vez preparados para la jira vertical, la iniciamos por un corredor de pasos muy fáciles; subimos sin encordarnos hasta situarnos en la misma base del monolito final. Los últimos cincuenta metros se alzan en un perfecto prisma que ofrece dificultades extremas para escalada libre. Colocándonos en la cornisa NW nos vimos de pronto sobre un corte de más de ochenta metros. Al encordarnos, intuitivamente nos hacemos cargo de la misión que a cada cual nos corresponde en la cuerda.

Inspecciono lo que nos precede y prendiéndome obstinadamente en las finas presas de la llambria, que se reduce a la mínima expresión, inicio con entusiasmo la fascinadora

escalada. Dicha llambría, que es vertical, se muestra severa por insuficiencia de puntos de apoyo; según se toma altura va modelándose un diedro cuya pared derecha es impracticable y termina por desembocar en la hendidura. Paso dificultoso, debido a esa carencia de agarres. No sin esfuerzo, consigo alcanzar la grieta que forma una angosta chimenea, donde el cuerpo entra justamente. Reunido el segundo de cuerda, prosigo la ascensión.

La estrechez de la chimenea me obliga a trepar por el labio exterior presionando con piernas y brazos en ambas paredes. El abismo se acentúa más y más y voy sintiendo el profundo vacío bajo mis pies.

Así progreso gradualmente. La grieta, en su interior se estrangula en cuña y a veces, queriendo instintivamente resguardarme del precipicio, me interno en ella, quedándome empotrado en la misma sin libertad de movimientos.

Alcanzo el bloque encajonado que intercepta el paso y que tan mal rato hizo pasar a los primeros escaladores. Una oportuna clavija afianza el franqueo y la divina Providencia, como a veces ocurre, me depara los suficientes agarres que, sin apuros, me ayudan a superar este paso clave.

El segundo de cuerda vuelve a reunirse sobre el bloque y, adosados a la roca, escalamos sin interrupción. Todo transcurre normalmente. En otro largo de cuerda, por terreno más factible, tomo posesión en la cúspide, tan reducida que me da la sensación de hallarme suspendido en el espacio.

La permanencia en la cima fue prolongada. Por el libro registro nos enteramos que, desde la primera ascensión en 1933, la nuestra hacía la ochenta y cuatro escalada efectuada. Estampamos una esfusiva dedicatoria a don Antonio Bandrés, que a nuestro paso por Vitoria, en el viaje de ida, había tenido la gentileza de salir a la estación a saludarnos.

En el descenso, colgados sobre el precipicio, separados de más de un centenar de metros del suelo firme, gozamos de las delicias del *rappel*, confiados a la simplicidad de una cuerda, hasta encontrarnos en la sólida base de la cornisa.

Tras otro vivac, y la escalada al gran Galayo por su vía normal, emprendimos el retorno a los valles. Por la barranca de la Apertura, descendimos, volviendo a menudo la vista al dentellado Galayar. Aún desde el feraz mediodía abulense que por su fertilidad contrasta enormemente con las calcinadas tierras septentrionales de aquella provincia, volvemos involuntariamente los ojos, queriendo encontrar entre las eminencias de la sierra que se aleja, las fastuosas breñas del Galayar.

* * *

Los campos de luz esplendente y las fragosidades montañosas que vislumbró en el subconsciente, se difuminan, se disipan fugaces, mientras la furia del vendaval brama con más ímpetu en el exterior. Pero aquel cúmulo de recuerdos perdurará en mi vida influyendo en las excitaciones temperamentales, para producir estados de ánimo vivificador, en la maraña del mundo moderno, como un sueño fantástico, pero real.

Noche de invierno, noche de recuerdos... ¡Oh, sublimes montañas, a vosotras quiero volver!

JUAN SAN MARTIN
(Del C. D. de Eibar)